**Huida a Egipto y retorno a la tierra de Israel** 

Después de terminar la narración de los Magos, entra de nuevo en escena san José como protagonista, pero no actúa por iniciativa propia, sino según las órdenes que recibe nuevamente del ángel de Dios en un sueño: se le manda levantarse a toda prisa, tomar al niño y a su madre, huir a Egipto y permanecer allí hasta nueva orden, «*porque Herodes va a buscar al niño para matarlo*» (*Mt* 2,13).

En el año 7 a.C., Herodes había hecho ajusticiar a sus hijos Alejandro y Aristóbulo porque presentía que eran una amenaza para su poder. En el año 4 a.C. había eliminado por la misma razón también a su hijo Antípatro. Él pensaba exclusivamente según las categorías del poder. El saber por los Magos de un pretendiente al trono debió de ponerlo en guardia. Visto su carácter, estaba claro que ningún escrúpulo le habría frenado.

«Al verse burlado por los Magos, Herodes montó en cólera y mandó matar a todos los niños de dos años para abajo, en Belén y sus alrededores, calculando el tiempo por lo que había averiguado de los Magos» (*Mt* 2,16). Es cierto que no sabemos nada sobre este hecho por fuentes que no sean bíblicas, pero, teniendo en cuenta tantas crueldades cometidas por Herodes, eso no demuestra que no se hubiera producido el crimen. El autor judío Abraham Shalit cita: «*La creencia en la llegada o el* *nacimiento en un futuro inmediato del rey mesiánico estaba entonces en el* *ambiente. El déspota receloso veía por doquier traición y hostilidad, y un rumor* *vago que llegaba a sus oídos podía fácilmente haber sugerido a su mente* *enferma la idea de matar a los niños nacidos en el último período. La orden* *por tanto nada tiene de imposible*».

Estamos ante el motivo del hijo de rey perseguido, que al aplicarse a Moisés da un giro nuevo a la historia real del nacimiento y de la salvación de éste. El *Libro del Éxodo* relata que el faraón, ante el aumento numérico y la importancia creciente de la población judía, teme una amenaza para su país, Egipto, y por eso no sólo aterroriza a la minoría judía con trabajos forzados, sino que ordena también matar a los varones judíos recién nacidos. Gracias a la astucia de su madre, Moisés es rescatado y crece en la corte del rey de Egipto como hijo adoptivo de la hija del faraón; pero más tarde tuvo que huir a causa de su intervención en favor de la atormentada población judía (*Ex* 2).

La *hagadá,* transmitida por Flavio Josefo,nos cuenta la historia de Moisés de otra manera: los expertos en la Escritura habían vaticinado al rey que en aquella época iba a nacer un niño de sangre judía que, una vez adulto, destruiría el imperio de los egipcios, haciendo a su vez poderosos a los israelitas. En vista de esto, el rey había ordenado arrojar al río y matar a todos los niños judíos inmediatamente después de nacer. Pero al padre de Moisés se le habría aparecido Dios en sueños, prometiendo salvar al niño. A diferencia de la razón aducida en el Libro del Éxodo, aquí se debe exterminar a los niños judíos para eliminar con seguridad también al niño anunciado: Moisés.

Este último aspecto, así como la aparición en sueños que promete al padre el rescate, acercan la narración al relato sobre Jesús, Herodes y los niños inocentes asesinados. Sin embargo, estas similitudes no son suficientes para presentar el relato de san Mateo como una simple variante cristiana de la *hagadá* de Moisés. Las diferencias entre los dos relatos son demasiado grandes para ello.

En una perspectiva completamente distinta, también Mateo ha retomado la historia de Moisés para encontrar a partir de ella la interpretación de todo el suceso. Él ve la clave de comprensión en las palabras del profeta: «*Desde Egipto llamé a mi hijo*» (*Os* 11,1). Oseas narra la historia de Israel como una historia de amor entre Dios y su pueblo. La atención de Dios por Israel, sin embargo, no se describe aquí con la imagen del amor esponsal, sino con la del amor de los padres. «*Por eso Israel recibe también el título de “hijo” ... en el sentido de la filiación por adopción. El gesto fundamental del amor paterno es liberar al hijo de Egipto*». Para Mateo, el profeta habla aquí de Cristo: Él es el *verdadero* Hijo. Es a Él a quien el Padre ama y llama desde Egipto.

Para el evangelista, la historia de Israel comienza otra vez y de un modo nuevo con el retorno de Jesús de Egipto a la Tierra Santa. Porque la primera llamada para volver del país de la esclavitud había ciertamente fracasado bajo muchos aspectos. En Oseas, la respuesta a la llamada del Padre es un alejamiento de los que fueron llamados: «*Cuanto más los llamaba, más se alejaban de mí*» (11,2). Este alejarse ante la llamada a la liberación lleva a una nueva esclavitud: «*Volverán a la tierra de Egipto, Asiria será su rey, ya que rehusaron convertirse*» (11,5). Así que Israel, por decirlo así, sigue estando todavía, una y otra vez, en Egipto.

Con la huida a Egipto y su regreso a la tierra prometida, Jesús regala el éxodo definitivo. Él es verdaderamente el Hijo. Él no se irá para alejarse del Padre. Él vuelve a casa y conduce a casa. Él está siempre en camino hacia Dios y con eso conduce del destierro al hogar, a lo que es esencial y propio. Jesús, el verdadero Hijo, ha ido Él mismo al «exilio» en un sentido muy profundo para conducirnos a todos de regreso desde la alienación a casa.

La breve narración de la matanza de los inocentes, que viene a continuación del pasaje sobre la huida a Egipto, la concluye Mateo de nuevo con una palabra profética, esta vez tomada del *Libro del profeta Jeremías*: «*Se escucha un grito en Ramá, gemidos y un llanto amargo: Raquel, que llora a sus hijos, no quiere ser consolada, pues se ha quedado sin ellos*» (*Jr* 31,15; *Mt* 2,18). En Jeremías, estas palabras están en el contexto de una profecía caracterizada por la esperanza y la alegría, y en la que el profeta, con palabras llenas de confianza, anuncia la restauración de Israel: «*El que dispersó a Israel lo reunirá. Lo guarda*rá *como un pastor a su rebaño; porque el Señor redimió a Jacob, lo rescató de una mano más fuerte.*» (*Jr* 31,10s).

En Mateo, la palabra del profeta, el lamento de la madre sin la respuesta consoladora es como un grito a Dios, como un clamor de la consolación no recibida y todavía esperada: un grito al que efectivamente sólo Dios mismo puede responder, porque la única consolación verdadera, que va más allá de las meras palabras, sería la *Resurrección*. Sólo en la *Resurrección* se superaría la injusticia, revocado el llanto amargo: *«pues se ha quedado sin ellos*». En nuestro tiempo histórico sigue siendo actual el grito de las madres a Dios, pero la resurrección de Jesús nos refuerza al mismo tiempo en la esperanza del verdadero consuelo.

El último paso del relato de la infancia según Mateo concluye de nuevo con una cita de cumplimiento que debe desvelar el sentido de todo lo acontecido. Una vez más comparece con gran relieve la figura de **san José**. Dos veces recibe en sueños una orden y así **se presenta de nuevo como quien escucha y sabe discernir, como el obediente y a la vez decidido y que actúa con conocimiento de causa.** Primero se le dice que Herodes ha muerto, por lo que ha llegado para él y los suyos la hora de regresar a casa. Este regreso es presentado con una cierta solemnidad: «*hizo su entrada en tierra de Israel*» (2,21).

Pero una vez allí debe afrontar de inmediato la situación trágica de Israel en aquel momento histórico: se entera de que en Judea reina Arquelao, el más cruel de los hijos de Herodes. Por tanto, no puede quedarse allí, es decir, en Belén, en el lugar de residencia de la familia de Jesús. José recibe entonces en sueños la orden de marcharse a Galilea.

El hecho de que José, al haberse dado cuenta de los problemas en Judea, no haya continuado simplemente por iniciativa propia su viaje hasta Galilea, gobernada por el no tan cruel Antipas, sino que fuera mandado por el ángel, tiene por objeto mostrar que la proveniencia de Jesús de Galilea concuerda con la guía divina de la historia. El evangelista replica: José «*se estableció en un pueblo llamado Nazaret. Así se cumplió lo que dijeron los profetas, que se llamaría nazareno*» (2,23).

Si a esto añadimos que, en la inscripción de la cruz, Jesús es denominado nazareno (*Jn* 19,19), el título cobra su pleno significado; lo que inicialmente debía indicar solamente su proveniencia, insinúa al mismo tiempo a su esencia: Él es el «*renuevo*», el que está totalmente consagrado a Dios, desde el seno materno hasta la muerte.

Los dos capítulos del relato de la infancia en Mateo no son una meditación expresada en forma de historias, sino al contrario: **Mateo nos relata la historia verdadera**, que ha sido meditada e interpretada teológicamente, y de este modo nos ayuda a comprender más a fondo el misterio de Jesús.

**Práctica semanal:** Orar especialmente por todos los niños no nacidos, por los violentados en su infancia. Orar pidiendo sabiduría para que los padres conduzcan a sus hijos hacia el Padre.